

# NO DEJARAS A TU FIEL CONOCER LA CORRUPCIÓN

**Ignacio Canisfidei**

Hace poco tiempo, acudí al videoclub y alquilé la película revelación de la temporada, pero que ha pasado desapercibida para los grandes críticos, y también, para el público general.

La película se llama, "Los hijos de los hombres", y narra una historia que bien podría ser el reflejo de los Evangelios.

En una sociedad decadente, una enfermedad deja estéril a toda la humanidad, de tal manera que ninguna mujer, en edad fértil, puede tener descendencia. El retrato, se nos dibuja como próximo, no puede ser más desolador, pues si vemos nuestra sociedad, la película empieza a reflejar la misma a suaves trazos.

La película comienza con la noticia de la muerte del ser más joven del planeta, una muerte accidental que va desarrollando socialmente todo un cuadro de depresión, angustia y tristeza. El propio tono de las imágenes dan fe de ello. En paralelo la sociedad se presenta desestructurada conflictiva, sin miras, y plenamente embridada.

En Inglaterra, donde se desarrolla la película, se nos presenta una sociedad sin fin, donde la ausencia de niños denota una estructura de control, ante la que algunos se rebelan, pero una gran masa consintiéndola es condenada a la nada, al absurdo, a la desesperación, al sinsentido, al suicidio o al consumo de ansiolíticos. Es revelador observar cómo en la película se presenta un modo de vivir infeliz que había que conservar (el modo británico) y frente al cual se presenta al extranjero (que va a las Islas buscando la seguridad) como el enemigo a combatir, internar y expulsar. Pero también se nos presenta la impotencia británica, la ciencia oficial no explica la infecundidad, y mucho menos logra la ansiada cura.

Un día, de la nada, surge la esperanza para la humanidad; para unos exige la inmediata rebelión armada, para otros es un peligro a silenciar; pero para todos, una sorpresa inquietante emerge, ¿hay esperanza? Pues en el retrato dibujado no se puede comprender como una mujer inmigrante, no inglesa, una doncella indefensa, esté en fin, embarazada.

El co-protagonista, un funcionario, tiene como objetivo sacarla de los dominios de la administración británica, para entregarla a una sociedad donde la estudie y difunda su caso dando lugar a la esperanza. La resignación inicial, va cediendo poco a poco, a una devoción, fidelidad y custodia encomiable: acaba entregando su vida por salvar a la doncella y a su hijo.

En la película no queda claro el origen del hijo, la razón nos dice que un ayuntamiento, (la vida siempre se abre paso) pero el mismo antoja, casi como alegórico, la intervención del Dedo de Dios, -al que por cierto ni se le menciona, ni se le espera- como si esta película quisiera reflejar, y no supiera cómo, el misterio de la encarnación.

Hay una escena especialmente conflictiva, pero tremendamente interesante, y no es otra que en medio del fragor de la rebelión, cercados estos por el ejército británico, en medio del sitio, de las balas, de la muerte, del rugir de los cañones: nace la criatura y llora. En ese momento, las armas callan al sonido de llanto, los contendientes se descubren atónitos, bien en sagrado silencio, bien en devoción, se alegran y lloran por el niño nacido: tenemos esperanza. Pero la paz dura poco, una vez que desfila la doncella exhibiendo al hijo, vuelve la batalla, ya no por el "orden público" ahora es por el menor. ¿De quien será?

La verdad es que, como he comentado, la película se me antoja, como un reflejo, un icono moderno del misterio de la encarnación, un reflejo vital de nuestra existencia.

Uno de los males que verdaderamente atenazan las relaciones humanas, no es el dinero, o el poder, o el placer, que los son; lo que verdaderamente hace al hombre temblar, y a la sociedad perecer, es la infecundidad, la falta de esperanza ¿Quién me sucederá?

Y en nuestra vida espiritual ocurre prácticamente lo mismo, es muy fácil hablar de devociones, de prácticas, de normas de piedad, en el fondo lo que refleja es una infecundidad, la ausencia de vida.

Y en la Renovación, también se da esa infecundidad, durante mucho tiempo se ha hablado de unción, carismas, dones, evangelización, pero poco de Jesucristo.

Se ha hablado mucho de comunidad, de grupo, escuela de evangelización, grupo de crecimiento, comunidad de alianza, comunidad de vida, seminarios o talleres de carismas pero poco de Jesucristo.

Hemos pretendido desplazar muchas veces la fecundidad a la que estamos llamados a extremos de esterilidad. Por un lado, hemos

pretendido, vivir a costa de retiros, o del encuentro con Jesús, o incluso de la vida espiritual de terceros, succionando al modo vampírico su vida espiritual, para mantener nuestra eterna nada; otras veces se ha pretendido dar un ropaje nuevo a prácticas viejas, y las más de las veces, hemos pretendido eludir la voz del Señor.

Dice el salmo 50, "no dejarás a tu fiel conocer la corrupción", aun cuando San Pedro en los Hechos de los Apóstoles lo refiere a Jesucristo quizá deberíamos pensar que somos hijos en el Hijo, y que también, por tanto, tenemos la condición de fiel, y que esa promesa es también para nosotros.

He aquí una promesa que el Padre, en Jesucristo, nos hace, que enseña a vivir, y que el Señor nos regala: por el Espíritu, en Cristo, no nos dejará conocer la corrupción<sup>1</sup>.

Aquí no estoy hablando de infracciones de la ley, ni de la vida eterna -que también-; aquí estoy hablando de algo mucho más profundo, de algo mucho más serio, de algún mucho más trascendental, y que en la Renovación debemos tener como seña y como timbre: la vida en el Espíritu es fecunda.

La infecundidad, activa la corrupción; la infecundidad es el rostro del entonces poderoso y hoy incapaz; soy infecundo en el mismo momento en que me vuelvo de espaldas al Rostro de Dios. Dejé anotado en otro artículo, que no somos conscientes de la importancia que para nosotros tiene la Ley, la Torah (me refiero al Pentateuco) y la conexión de la misma con el libro de la Revelación.

La Pascua de los judíos, tiene como trasfondo la ruptura radical, y gratuita, de la infecundidad egipcia; recordemos que en el antiguo Egipto todo gira en torno a la ultratumba, al más allá, al mundo de los muertos.

En la actualidad hay un taimado resurgir de la religión egipcia, del mundo de los muertos, de lo vampírico; y crece, en particular, el interés sobre el "libro de los muertos" -en múltiples publicaciones- y no olvidemos, que era la "escritura sagrada" del Imperio, de los faraones.

Por el contrario el Señor, en todo momento y lugar, libra de la muerte, de la aniquilación, de la esclavitud, de la infecundidad a Israel (como llamar a la matanza de varones ordenada por el faraón, y de la que se salva Moisés<sup>2</sup>) y le llama a la vida. Las normas obrantes en el Levítico y Deuteronomio, que se recogen codificadas en la Escritura,

---

<sup>1</sup> Sirva como ejemplo la resurrección de Lázaro, Evangelio según S.Juan, 11

<sup>2</sup> Ver Éxodo 1, 16 y 2

reflejan la pelea constante de Yahvé por separar pedagógicamente vida, de muerte; fecundidad, de esterilidad.

Podemos ver cómo en la Escritura la mayor maldición para una familia, y en particular por una mujer era la esterilidad, y como los milagros, que a su vez son jalones en la salvación, que acontecen en el Antiguo Testamento, y que se nos narran, tienen que ver con devolver la fecundidad y la capacidad de dar fruto: los hijos.

Para Israel la infecundidad, como Pueblo, nace de la idolatría, de la mixtura del Señor con elementos espurios de otros pueblos (nigromancia, Baal...) y que conlleva la ruina de la población, en los libros históricos, en particular las Crónicas, encabezan cada mandato real con una frase lapidaria en el Juicio: "hizo lo bueno y recto ante Yahvé" o "no hizo lo bueno y recto ante Yahvé" y la consiguiente prosperidad o crisis.

Durante estos días, he meditado mucho, sobre la presencia de Dios en mi vida, sobre las lecciones acerca de las formas de oración y comparativas que me administraron; y mucho sobre mi futuro.

La fecundidad, nace de la fe y engendra esperanza, me ha consolado mucho Santo Tomás de Aquino, cuando en la Suma Teológica al tratar estas cuestiones, y hablar de la presencia de Dios en las cosas, concluye más o menos, que más que "estar", Él "esta sosteniendo" a las cosas<sup>3</sup>. Y más adelante concluye:

"A la persona divina le corresponde ser enviada, por cuanto que existe en alguien de un modo nuevo. Y le corresponde ser dada, en cuanto que es tenida por alguien. Ninguna de estas cosas puede suceder más que por la gracia santificante. Pues hay un modo común por el que Dios está en todas las cosas, por esencia, potencia y presencia, como causa está en los efectos que participan de su bondad. Por encima de ese modo común, hay otro especial que corresponde a la criatura racional, en la que se dice que Dios se encuentra como lo conocido en quien conoce y lo amado en quien ama, y porque, conociendo y amando, la criatura racional llega por su mismo obrar hasta el mismo Dios. Según este modo especial, no solamente se dice que Dios se encuentra en la criatura racional, sino también que está en ella como en su templo. Así, pues, ningún otro efecto, a no ser la gracia santificante, puede ser motivo por el que la persona divina es enviada y procede temporalmente. Por lo mismo, no se dice que tenemos sino sólo aquello que podemos hacer uso y disfrutar libremente. Poder disfrutar de la persona divina sólo es posible por la gracia santificante. Sin embargo, por el mismo don de la gracia santificante, se tiene el Espíritu Santo, que habita en el hombre. Por eso, el mismo Espíritu Santo es dado y enviado"<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> S.T I, q. 8

<sup>4</sup> S.T I q. 43 a. 3

Es decir, el Señor, no nos deja conocer la corrupción, primero como criaturas tuyas, pues por fe, descubrimos las huellas, los vestigios, los restos de la Trinidad en la creación, y en nosotros queda el ansia de eternidad, el ansia del amor pleno, la búsqueda de plenitud y perpetuidad en la descendencia.

Pero cuando por gracia, en el Espíritu, te encuentras con Jesús, ya no basta que descubras una huella que remiten a un origen, pues cuando eres amado de una forma particular por Dios, gratuita, empiezas a huir de la corrupción, pues al conocerle, le amas, al amarle, le disfrutas, y al disfrutarle le buscas en plenitud, como la consumación de una noche de bodas.

En esa búsqueda, en esta espera, tú y yo no estamos solos, el Espíritu nos mueve y protege, estimulando nuestra libertad, hacia Jesús. La estimula, no la suplanta, pues muchas veces los hombres buscamos y pretendemos una santidad Express, un "algo" que nos divinice y nos quite nuestra humanidad, nuestra libertad, eso es una alienación que el Señor no está dispuesto a otorgar nunca.

La Palabra nos dice: "Sé de un hombre en Cristo, el cual hace catorce años -si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe- fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este hombre -en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe- fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar. De ese tal me gloriaré; pero en cuanto a mí, sólo me gloriaré en mis flaquezas. Si pretendiera gloriarme no haría el fatuo, diría la verdad. Pero me abstengo de ello. No sea que alguien se forme de mí una idea superior a lo que en mí ve u oye de mí.

Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, me fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Pero él me dijo: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se realiza en la flaqueza». Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo<sup>5</sup>"

Así es nuestra vida, todos, en el Espíritu, en el Bautismo en el Espíritu se nos ha dado una gracia de grueso calibre, una gracia donada: el encuentro con Jesús como Mesías, como Señor, como Salvador, y no abstracto, sino concreto, personal, íntimo y cercano; acontecimiento que precisa para su supervivencia de la pobreza de nuestra vida, del instante del conflicto, y sobre todo de caminar en fe, esperanza y caridad.

---

<sup>5</sup>

2ª Cor. 12, 2 y ss

Nuestra imagen, quizá sea aventurado decirlo, no es otra que la del Apocalipsis 12, 1-6; es cierto que la Iglesia ha visto en el citado texto descrita a María, pero no es menos cierto que algunos exegetas, también imputan esa imagen a la Iglesia, en perenne peligro por mostrar a Cristo a cada generación, y forzando la alegoría quizá también nos podamos ver a nosotros, que tras pasados por la gracia, engendramos la nueva creación en Cristo, la cual es combatida por nuestra carne.

El combate espiritual, la oración, así se presenta, no solo como culto de alabanza y adoración por el don; sino como disciplina -para que no se pierda la gracia- y como memorial de la realidad, que aprehendimos inefablemente a través del Bautismo en el Espíritu, a la que estamos llamados e invitados inexorablemente.

Este es el plan que el Padre, ha prefigurado desde antiguo, reconciliar al mundo, a la creación herida por el pecado del hombre, por medio de Cristo.

Y en este plan tú y yo, en esta hora en este momento, estamos llamados a ser instrumentos de reconciliación, ¿Dónde? En la esperanza.

Nuestra sociedad occidental, no precisa fe, sabe y conoce la verdad, lo cual no impide que la rehusé<sup>6</sup>; no precisa caridad, en un estado social como el que existe en la Unión Europea no hay pobres de clase, y en cualquier caso surgen las ONG's donde se vierte la misma; lo que se precisa es esperanza, que brota de la fe, que se muestra en la caridad, que tiene su origen en la gratuidad mas absoluta y en la indigencia de nuestra humanidad.

La corrupción, es el signo de la desesperanza, según mi catequista de primera comunión, es un pecado terrible e impío, pues convertía al Padre Eterno, en un ser inerte, frío, desentendido. La desesperanza es como la herrumbre, poco a poco destruye todo, y sin remisión; aun cuando con un poco de cuidado no afecta al metal.

Nadie entra en desesperación de golpe, de forma súbita e irremisible, la entrada se produce por parcelas, por sectores de infecundidad, cuando nuestra vida no es guiada en coherencia a las mociones del Espíritu, nos deshumanizamos de tal forma, que se necrosa nuestro ser, haciendo inútil la cruz de Cristo.

---

<sup>6</sup> Tengo en mis manos la ultima publicación de Michel Onfray, "tratado de ateología" publicado en Anagrama, Colección argumentos, libro al cual tengo que calificar de brillantemente impotente, brillante, por el fondo, las formas y la critica: "deconstruir los monoteísmos, desmontar las teocracias: dos nociones claves de Michel Onfray para curar la <<neurosis infantil de la humanidad>> (Robert Maggiore, Liberation) o "un genio del ateismo. Este libro será un bálsamo para quien crea que la religión es una debilidad, y que existe una única trinidad: Hombre, materia y razón" (Lire); infecundo porque toda la modernidad, condensada en un libro, que se nos vende como el último grito, es caduca, vacía e irreal, y además, conocemos su fin y su praxis: los totalitarismos del Sg. XX.

Una forma sutil de entrar en necrosis, es rehusar la encarnación y establecer comparativas: quisiera orar como fulanito ¡Mira que unción!; quisiera conocer la Palabra como menganito ¡que sabio!, y nos entrenemos en esas comparaciones, que de suyo frustran, y que matan pues acallan la voz del maestro interior que es el Espíritu, y no prestamos atención a sus mediaciones.

Durante mucho tiempo mi vida espiritual navegó en círculos por estas cuestiones y me llevo a desesperanza, ¡no era como...!, hasta que el Señor me reprendió mostrándome que a mí se me ha dado un camino o modo, que no tiene por que ser el de otros, ni viceversa: buscar equivalencias paralizantes, eso es infecundidad, corrupción y muerte<sup>7</sup>.

En nuestros grupos puede darse lo mismo, nosotros **no estamos llamados a formas de piedad concretizadas y decantadas históricamente por ello no podemos ser igual a nadie**. Nuestra vocación es muy específica, y si ahora nos preguntamos el por qué de varias cuestiones (escaso numero, escasas vocaciones -matrimoniales incluidas-, ausencia de carismas...) y entra cierta depresión, amargura o desesperanza es simplemente porque no estamos siguiendo al Maestro Interior, dar a luz a Jesús, el Cristo, lleva consigo la guerra, la cruz, la tribulación como la mujer del libro de la Revelación: al desierto.

Por eso, hoy tienes una misión ¿escoltaras a la doncella, para que de a luz al niño, esperanza de la humanidad? ¿Escoltaras al Espíritu para que en otros se engendre a Cristo? ¿Consentirás ser esperanza de la humanidad, ser doncella de cuyo seno brotara la Esperanza?

Fíjate que la opción que tomes, frente al Espíritu, te marca, pongo ante ti, vida y muerte, escoge la vida y vivirás, escoge la muerte y morirás, no se te anula la libertad, pero si escuchas hoy la voz del Señor, no endurezcas el corazón, es tu vida a la que juzgas en la balanza de la vida cuyo fiel es la fecundidad

No es fácil, lleva a la Cruz, a la muerte, pero merece la pena. Terminaremos con unos versos, a veces los poetas intuyen mejor, la realidad que nosotros mismos.

---

7

Repción unida al Evangelio de S. Juan 21, 21 Viéndole Pedro, dice a Jesús: «Señor, y éste, ¿qué?» <sup>22</sup> Jesús le respondió: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme.»



Que alegría, vivir  
sintiéndose vivido!

Rendirse

A la gran certidumbre, oscuramente,  
De que otro ser, fuera de mí, muy lejos,  
Me está viviendo. Que cuando los espejos, los espías  
-azogues, almas cortas-, aseguran  
que estoy aquí, yo inmóvil,  
con los ojos cerrados y los labios,  
negándome al amor  
de la luz, de la flor y de los hombres,  
la verdad transvisible es que camino  
sin mis pasos, con otros,  
allá lejos, y allí  
estoy buscando flores, luces, hablo.  
Que hay otro ser por el que miro el mundo  
Porque me está queriendo con sus ojos.  
Que hay otra voz con la que digo cosas  
No sospechadas por mi gran silencio;  
Y es que también me quiere con su voz.  
La vida -¡Que transporte ya!-, ignorancia  
De lo que son mis actos, que ella hace,  
En que ella vive, doble, suya y mía.  
Y cuando ella me hable  
De un cielo oscuro, de un paisaje blanco,  
Recordaré  
Estrellas que no vi, que ella miraba,  
Y nieve que nevaba allá en su cielo.  
Con la extraña delicia de acordarse  
De haber tocado lo que no toqué  
Sino con esas manos que no alcanzo  
A coger con las mías, tan distantes.  
Y todo enajenado podrá el cuerpo  
Descansar, quieto, muerto ya. Morirse  
En la alta confianza  
De que este vivir mío no era sólo  
Mi vivir: era el nuestro. Y que me vive  
Otro ser por detrás de la no muerte

Pedro Salinas